

Haciendo camino, acoger, ofrecer.-

“Un día santa Gertrudis se puso a recorrer el mundo en espíritu, buscando por todas partes algo que pudiera ofrecer a Aquel que amaba. Y como no encontrara ninguna ofrenda digna de él, he aquí que recogió con avidez todos los dolores y las ansiedades que las criaturas han podido sufrir, no para la gloria de Dios, sino como consecuencia de las debilidades humanas; y todas las falsas santidades, la devoción de apariencia de los hipócritas, de los fariseos, de los heréticos, y por último los afectos naturales, e incluso el amor falso e impuro dispensado en vano por tantas criaturas; y ofreció todo eso a Dios como una mirra, un perfume, como oro muy precioso. Y Dios acepta esta ofrenda, purificada por el deseo ardiente de la santa. Así, me parece que debemos juntar todas nuestras fatigas, todos nuestras equivocaciones, nuestros pensamientos humanos, para ofrecerlos, una vez purificados por la invencible luz de la inteligencia, en homenaje a la Sabiduría eterna, a la que todo debe ser referido”. (J. Maritain, OO.CC. Vol. II, 1041)

¿Hay algún gesto más natural, cuando se camina, que coger una flor aquí, otra allá, hacer un ramo y ofrecerlo? Ofrecer es regalar, es “no guardarse nada”, dice Raissa; en realidad con las flores, somos nosotros mismos que nos ofrecemos: amar es ofrecerse, darse. Y desde que el mundo es mundo, no se ha inventado más que dos maneras de darse: el abrazo y el servicio. Con las palabras para expresarlo, porque el amor tiene necesidad de decirse. Con un gesto que una palabra acompaña. Dilo con flores.

Las damas se quejarían si fuera con flores, pero sin palabras. A los santos también les ha sucedido, quejarse del silencio en el que se esconde su Bien amado, como Charles de Foucauld: “Si El me dijese que me ama, pero no me lo dice nunca”. Ese gran emotivo, ese huérfano estaba ávido de palabras de amor, pero “El se callaba”; por

qué, sino para probarlo, para probar su amor como lo hizo con Pedro.

Pedro se apenó de que le preguntara por tercera vez: ¿Me amas tú?” (Juan, 21. 17) Para que repitiera su amor, para que no parara de ofrecerse y de ofrecer su miseria a la misericordia. Y no solamente su miseria, sino también la de sus hermanos, de sus compañeros de ruta, junto con sus trabajos y sus alegrías.

Es lo que hacía Gertrude de Helfta; esta mística benedictina fue para nosotros “guía en la vida espiritual”: testimoniando que la alta cultura no impide la alta espiritualidad, no separa la liturgia de la oración contemplativa, fue la mensajera de la misericordia que para ella era el corazón del misterio de la Encarnación. Gertrude quería ser una ofrenda viviente al Amor primero, una candela que no ardía más que para El. Unida al Cordero pascual, cuya vida toda no fue más que un sí. Ese sí de todo el ser, ese solo deseo al que había llegado, Gertrude sabe que, en virtud del Cristo su amor, puede asumir y purificar, para ofrecer todos los deseos, todas las pasiones, todas las obras de los hombres y mujeres, como el pan y el vino son transubstanciados en la carne ofrecida del Cordero, en la espera de su retorno. Allí está el corazón de la contemplación por los caminos.

Este deseo apasionado que todos y todo sea salvado, Jacques y Raíssa lo han compartido con Gertrude – con Jesús. Engranar todo, como esas cosechadoras que avanzan imperturbables por los trigos, sin cesar de detectar y exaltar el pequeño grano de verdad y de belleza recogido en el camino con sus compañeros de ruta, filósofos o artistas.: *La Filosofía Moral* y *La intuición creadora en el arte y en la poesía* son hermosos ejemplos, con *Las Grandes Amistades*.

Evangelizar la inteligencia, en la línea de Tomás de Aquino, tal era la misión de Jacques, tarea más ingrata que la de evangelizar los corazones, porque se trata -lo que no es nunca fácil y puede hacer

mal - de “*distinguir para unir*”, según el subtítulo encontrado por Raissa para la obra maestra de Jacques, *Los grados del saber*. En cuanto a Raissa su trabajo era releer, atenuar, hacer que la verdad sea también dicha en la caridad. Pero cuando se anunciaba la última guerra, que debía ser tan atroz para su pueblo, era su vida lo que ofreció, un cierto día de Abril de 1939. (*Journal de Raissa*, OO.CC. Vol. XV, 406)

Para sus amigos pintores novelistas y poetas, cuyas obras tocaba difíciles temas carnales, ella preocupaba la salvación de sus almas, e trataba de hacerles entender que no hay sentimientos puros, sino solamente sentimientos que se purifican, que ser tentado no era pecar, como lo pensaba Lutero, y que “si nuestro corazón llega a condenarnos, El es más grande que nuestro corazón”; que la solución no está – salvo por un llamado particular – en renunciar, sino más bien en “purificar la fuente”, en extraer el veneno de la complacencia. No mediante un agotador combate frontal, sino por el sí del don total de sí mismo - “*porque es más fácil darse del todo que darse a medias*” decía Jacques - el holocausto interior que consume todo lo que debe ser - la mala levadura de la que habla san Pablo – sin levantar la masa, ese peso de carne y sangre que es como el precio de toda las obras humanas. Raissa lo ha dicho todo en un poema (OO.CC. Vol. XV, 570):

*Como un navío afortunado
que regresa al puerto con su carga intacta
alcanzaré el cielo con el corazón transfigurado
llevando ofrendas humanas y sin mancha.*

En esto consiste el humanismo de los Maritain, en respuesta a la filantropía de Dios de la que habla san Pablo: en lugar de aquella época de cristiandad en que las cosas humanas protegían las cosas divinas, cuando los señores y los reyes funcionaban como garantes

de la fe y “protectores” de la Iglesia, hoy corresponde a las cosas divinas proteger las cosas humanas, “*la criatura reivindica el derecho de ser amada*”; los creyentes y quienes oran deben proteger las obras de los hombres y garantizar sus instituciones, un nuevo humanismo, una civilización del amor. El tiempo de los reyes ha pasado, ha llegado la hora de magos y agentes secretos, operando sobre todos los caminos del mundo, como Jacques tras Gertrude:

“¿Quién soy yo? ¿Un profesor? No lo creo; es por necesidad que he enseñado.

¿Un escritor? Puede ser. ¿Un filósofo? Lo espero.

Pero también una especie de romántico de la justicia muy dispuesto a imaginar, en cada combate librado, que la justicia y la verdad tendrán su día entre los hombre.

Y también quizás una especie de zahorí posando su oreja sobre la tierra para escuchar los ruidos de fuentes escondidas y de germinaciones invisibles.

Y puede ser también, como todo cristiano, un mendigo del cielo vestido de hombre del siglo,

una especie de agente secreto del Rey de reyes en los territorios del príncipe de este mundo,

tomando sus riesgos, como el gato de Kipling, que se alejaba siempre solo.”

(J.Maritain, Carnet de Notes 10, XXI, 130)